



Ebele Okoye compartió su experiencia con mujeres de Valladolid en su visita a España. :: RODRIGO JIMÉNEZ

«Si nos ayudamos, las mujeres lograremos mucho más juntas»

Ebele Okoye Farmacéutica de Nigeria, premio Harambee por proyectos de igualdad en África

Ha visitado Valladolid para conseguir fondos destinados a financiar su programa de acción sanitaria y educativa en pueblos de su país

:: VÍCTOR M. VELA

VALLADOLID. Cuando la madre de Ebele Okoye (Enugu, Nigeria, 1978) volvía a casa, además de besos traía historias para repartir entre sus cuatro hijos: un niño, tres niñas. «Era enfermera en los pueblos, y recuerdo que nos contaba casos de mujeres que no podían llegar al hospital para dar a luz, que sufrían enfermedades que se podrían curar con mayor higiene, con mejor educación». Aquello despertó las inquietudes de Ebele. Desde muy pequeña ya hacía voluntariado en varias asociaciones; por ejemplo, con la recogida de medicamentos. Se graduó después en Farmacia por la Universidad de Nigeria. Completó estudios en Europa (habla perfectamente español). Fundó en

su país un proyecto para que enfermeras como su madre no tuvieran que volver a casa contando historias que podrían haberse remediado. Su trabajo, a pie de campo, con un «programa de liderazgo para mujeres y niñas», le ha valido el premio Harambee a la promoción e igualdad de la mujer africana.

–¿De liderazgo?

–Una sociedad puede cambiar si conseguimos que tenga líderes que apuesten por el cambio. En mi país hay corrupción, mucha corrupción. Pero también hay riqueza: ¡tenemos petróleo! El problema es que la corrupción impide que esa riqueza se distribuya entre toda la población, que se genere actividad. ¿Cómo es posible que haya tanta pobreza en Nigeria cuando se podría evitar?

–¿Cómo?

–Con la formación. ¡Hay que ayudar a la gente para que despierte y vea que hay que acabar con la corrupción! En 2008, en la Universidad, creamos una escuela de liderazgo para formar a mujeres jóvenes que tengan ganas de llevar a cabo proyectos que ayuden a cambiar la sociedad.

–¿Por qué mujeres?

–Porque cuando la mujer logra bienestar, eso se traslada a toda la sociedad. La familia se estructura en torno a la mujer. También la sociedad. En Amad trabajamos en pueblos muy pequeños, casi en aldeas. Los hombres marchan a las ciudades para conseguir trabajo (en la limpieza, en talleres, donde sea). Y son las mujeres las que se quedan en el pueblo, las que cuidan de la casa, las que se ocupan de la agricultura. ¡Son ellas las que trabajan los campos!

–¿Qué productos?

–Yuca, sobre todo yuca. Es un trabajo durísimo. Entonces, tenemos un programa de liderazgo con el que asesoramos y apoyamos los proyectos que nos presentan universitarias que tienen ganas de hacer cosas. Nosotros les ayudamos a llevarlos adelante. Al final, se crea un círculo de solidaridad, de responsabilidad social, que permite que todas esas ideas se pongan en práctica en los pueblos y ayuden a las mujeres de las aldeas.

–Por ejemplo...

–Te voy a contar la historia de Ayo. Es una estudiante de Medicina que

se acerca a los pueblos para medir los niveles de glucosa. ¡Hay tanta gente que no sabe que tiene diabetes! Con esto les puedes ayudar a llevar una vida más saludable, a mejorar su alimentación, la higiene. Porque eso luego tiene consecuencias sanitarias, como la disentería, la diarrea... ¿Sabes cuál sería mi sueño?

–¿Cuál?

–Que en muchos de estos pueblos hubiera un dispensario, para los servicios sanitarios y farmacéuticos más básicos, porque muchas personas de los pueblos no pueden ir al hospital. A lo mejor está solo a media hora, pero es que casi no hay carreteras para llegar hasta allí. Cuando hablamos de pueblos, no se puede pensar en la imagen que tenéis aquí en Europa. Allí son aldeas, con muy malas comunicaciones, con caminos cortados en la temporada de lluvias, sin agua potable, sin apenas electricidad.

–Y es ahí donde intervienen.

–Sí. También apoyamos proyectos de microcréditos. Esto es muy importante porque permite lograr financiación para llevar a cabo iniciativas que son buenas no solo para la familia que las impulsa, sino para toda la sociedad. Nosotros les ayudamos con la parte administrativa, porque a veces les asustan tantos papeles, algunas mujeres no saben escribir. Con estos microcréditos, pueden, por ejemplo, montar una pequeña empresa para, una vez a la semana, llevar la yuca a la ciudad para poderla vender. O para montar en la aldea una pequeña tienda con productos que traen de la ciudad, como azúcar, jabón líquido... O crear negocios textiles, de artesanía...

–¿Qué es lo más triste que ha vivido en estos años?

–No poder ayudar a algunas mujeres. Hay que trabajar también con las mentalidades, porque aquella es una sociedad machista. Ha habido maridos que no querían que sus mujeres participaran en los programas. Y los han tenido que abandonar porque, si no, les amenazaban con echarlas de casa.

–¿Cómo solucionar eso?

–Con educación. Por eso también ofrecemos a las niñas clases de inglés, porque eso facilita su incorporación a las escuelas. El problema es que casi no hay profesores en los pueblos, no quieren quedarse allí. Y a las autoridades no les importa que los profesores se vayan a la ciudad.

–Ha mantenido encuentros con asociaciones de mujeres rurales de Valladolid. ¿Qué les ha dicho?

–Que las mujeres tenemos que ayudarnos. Si lo hacemos, lograremos muchas más cosas juntas.